

Enfermedades preexistentes.

Cada vez que escuchamos al Presidente o al General Director en intervenciones, parece ser que están jugando con la paciencia y con la inteligencia de todo un país. Todo es improvisado y se le echa la culpa a alguien más.

Al principio fue a Maduro y a un enemigo poderoso e implacable. Luego el PC. Más tarde las organizaciones de izquierda que dominan el mundo: Amnistía Internacional, Human Rights Watch, OEA, ONU. Falta que lo ratifique la Otan y entenderíamos que de un planeta azul nos volvimos rojo. Le echan la culpa al gobierno anterior que compra balines que “debiendo ser de goma” son de metal. Ahora es el agua de los guanacos que verdaderos criminales enfermizos mezclan con soda cáustica y la explicación más ridícula de todas: “que puede afectar a quienes tienen enfermedades preexistentes”.

Ya está bueno de que se sigan riendo de nosotros y que la violencia siga imperando como la reina de las calles.

La guerra de Piñera la perdieron y ahora actúan como rebeldes que saben que serán juzgados y condenados por las violaciones a los DDHH y por ello tiran a matar y hacer el mayor de los daños posibles. Inconscientes, enajenados, desprovistos de cualquier sentimiento empático, salen a cumplir metas y llenar planillas: disparar tantas bombas lacrimógenas, tantas balas y balines, generar tal cantidad de heridos y seguir con la cantinela de que están cumpliendo con su deber.

No hay vergüenza en lo que hacen porque, al parecer, le han instruido a dejarlas en sus casas. ¿Qué se puede esperar de ellos si su propio comandante se pasa por el trasero las observaciones que todo el mundo le hace de los excesos de su gente y las vanaliza? Alegar que los están atacando salvajemente, aparte de ser una realidad que nadie cuestiona, no puede ser óbice para no darse cuenta que el salvajismo está en los dedos de aquellos que jalan gatillos, derraman humo disuador, mezclan el agua con soda cáustica y golpean con sus lumas hasta romperlas sobre las espaldas de los detenidos.

General de escritorio, como lo afirmó y confirmó Mónica González, no pasará a la historia por ser el protector de la ciudadanía, pronto saldrá de las filas porque el elástico no puede estirarse más y se irá a su casa con una jubilación inesperada y jugosa luego de un tiempo record en la carrera policial a cuya cima llegó luego del enorme y espeluznante fraude de sus jefes. Ellos que se seguirán reuniendo y gozando de los privilegios de los cuales se armaron y con pensiones que, por ley, es imposible quitarle a pesar del pésimo servicio prestado a la nación.

Al finalizar este proceso habrá necesidad de cambiar el verde por otro color, para olvidar de una buena vez el daño y el dolor infringido. No será más querida la institución, simplemente entre todos la habrán hecho desaparecer.